Año 1949
25 marso

17

ABC

UNA FOTOGRAFIA

La imagen de la tierra viene de ser apresada por el hombre hace pocos números del *London News*. (Sé que esta medida de tiempo, tan laudatoria para el orgullo periodístico británico, sirve a mis lectores de referencia exacta.) Fotografiada, en instantánea, claro, nunca en exposición, a la altura de no sé cuántos kilómetros, la hemos visto sorprendida por la cámara automática de un cohete volador, en pleno movimiento, rodando sobre su eje y alrededor del sol: en el espacio-sudario de que hablaba Unamuno, mostrando, para dar razón a los mapas, a través de la sutil gasa de nubes que la envolvía como una cortesana el seno, la firme línea de los mares y de los continentes, tal y como los cartógrafos nos los enseñaron en nuestros años de bachillerato.

Parecía amanecer cuando se impresionó la placa. Nuestro planeta giraba perezosamente, somnoliento, y cirros, estratos y cúmulos formaban en su derredor esa pelusa que, con la humedad, crían los membrillos en las despensas. Es esa la primera fotografía que se roba a la tierra, como entidad. Montañas y valles, océanos y llanuras fueron millones de veces tomados al asalto por "kodaks" y "leicas" innúmeras; pero la tierra, aun fragmentariamente como tal, no había sido retratada nunca. El objetivo pirata del cohete la retrató sin avisarla, a fin de que se pavoneara y se aliñara un poco; no la previno con la ingenua broma del pajarito siquiera, y el disparador hizo "chas" levemente, en la estratosfera, allá donde nunca ni la voz ni el sonido emanado de la acción del hombre se registrarán nunca, y obtuvo una imagen impresionante: como para refregársela por los ojos a los sabihondos que otrora negaban su esfericidad: una imagen de la tierra en marcha, con una línea curva de impecable trazado; una imagen, en suma, sensacional.

El cohete después, asustado de la travesura hecha, fué a contárscla a los oficiales del barco de maniobras de donde se le lanzara, como a un repórtero gráfico, con tan fabulosa misión, unos minutos o unas horas antes. Tenemos, por tanto, una fotografía ya, acuñable, de la madre tierra, que yo voy pensando si colocar o no en mi mesita de noche y llevar, de un lado a otro, en mi bolsa de viaje; una fotografía que nos permite conocer, con una perspectiva externa, el inmenso avalorio de roca y de agua, en el que vivimos los leves años que la Providencia nos depara y al que nuestros huesos, mientras se disuelven en polvo, siguen prendidos unos lustros más, como esas serpentinas que los coches de Carnaval arrastran en los cubos de las ruedas al interior de las ciudades. Y bueno es que vayamos enterándonos, con la elocuencia y la exactitud que la fotografía procura, de cómo es la tierra, y que sea la placa y no el grabado quien nos ilustre a ese respecto, porque hasta hoy el hombre era el único inquilino que, después de seis mil siglos de arrendamiento, no había visto su vivienda todavía. Ahora empiezan a cambiar las cosas. El "London News" nos ha brindado un escorzo de nuestra morada. "Life", otro, o quizá el mismo, pero a diferente tamaño.

Demos fe, sin embargo, en nuestra volandera crónica, de la emoción casi religiosa que ha causado esa edición príncipe de los retratos de la tierra. (Yo me atreví a decir una vez que si la Religión es la ley, la astronomía es su reglamento). Aunque se anticúe pronto y nuestros descendientes la miren como el daguerrotipo de la abuela. Porque yo no dudo que a esta fotografía seguirán otras muchas, y que quizá el hombre, en su navegación a los astros, desde los móviles miradores que le conduzcan a ellos, atinará a verla, por sí mismo, carirredonda y ajamonada, un mediodía despejado. Que así acostumbra a mudarse en rutina la aventura, y Colón a multiplicarse en emigrantes sin relieve, y Lindbergh en turistas anodinos; y en restoranes domingueros y para recién casados, a los que se llega por el módico estipendio de un franco suizo, las altas cumbres que muchos escaladores conquistaron al precio de sus vidas. Y acaso, acaso, desde el etéreo trípode asentado en el más alto sitial del universo, alguien tomará una panorámica de la creación entera, al correr del tiempo. Saturno y sus anillos, Marte y sus mares, Venus, la Luna y la Tierra. Todo, en seguida, convertible en postal que mandar a los amigos con una vulgar leyenda, al estilo de las que hoy cursamos desde San Sebastián o La Coruña, en la que satélites y estrellas, y soles y cuerpos celestes, parezcan pompas de jabón, burbujas, cerezas de un mitológico cerezo. Y, como una más, indiferenciada, la Tierra antes de descender, destruída, a ese tremendo muladar de mundos que le auguraba el poeta, conduciendo impasible la humanidad entera, ajena al placer y al llanto, al bien y al mal, a la vida y a la muerte de nuestros padres, de nuestros hijos y de nosotros mismos.

JOAQUIN CALVO SOTELO.